

COLABORAN:

H. González Trejo
M. Ater
L. Zas
A. Alba
R. G. Aguirre
R. Alonso
J. Bigozzi
J. Conti
R. Dalton
P. Dota
P. del Valle
F. González Urizar
F. Gorbea
R. Hurtado de Mendoza
L. M. Martínez
J. C. Peroni
R. Plaza
H. Pilar
G. Siccardi
F. Urondo
J. Teillier
A. Vignati
M. A. Viola
P. Wajsman
C. Vallejo

Juego Rabioso

Dirigen:

HORACIO GONZALEZ TREJO

FEDERICO GORBEA

HORACIO PILAR

Secretario de redacción:

GIANNI SICCARDI

Colaboradores permanentes:

ALBERTO ALBA

ACACIO ASSUNÇÃO

LUIS MARÍA MARTINES

JOSÉ PERONI

PAULA WAJSMAN

"El futuro es nuestro por prepotencia de trabajo."

ROBERTO ARLT

No hace falta decir nada. Las palabras son inútiles si se trata de enunciar fines, proponer intenciones. Tal vez mañana, las condiciones de hoy sean otras. Vivimos dramáticamente nuestra existencia cultural, porque el hombre, los hombres, están limitados por una sociedad basada en intereses que les son abstractos.

Nuestra revista nace como necesidad de expresión y como testimonio de un tiempo dado.

Somos una juventud que canta y cree en el porvenir, aun en estas horas, amargas para nuestro pueblo.

JUEGO RABIOSO

Primavera de 1960.

Cielo empavonado. Gris. Se gastan las miradas húmedas de horizonte quebrado. Cielo y camino. Tierra de nadie. Lontananza, lejanía y suspiro. Hay un dolor de siglos y la agonía estremece con sus lazos de permanencia oscura. De tanto en tanto el silbido de una locomotora rompe el espacio agudo de un verano caliente. Polvareda y sudor. Sudor de años. Caminos cansados en la coca mordida. Así arde súbitamente el altiplano.

Nuestro tren avanza lentamente sobre su trocha angosta. El "Ilimani" se divisa con esa blancura impenetrable de las cosas inmóviles. Aquí la vida parece ser ausencia sin remedio. De tiempo en tiempo una llama atraviesa el mapa quebrado hasta perderse. Pastorcitos llevan en sus manos una maravilla fina y zigzagueante detrás de unos cabritos negros y algún perro vagamundo. Ellos también quedan en el camino y nuestro tren avanza hacia "La Paz".

Un caballero norteamericano, funcionario del Punto 4 bosteza con serenidad de oca y limpia los cristales de sus anteojos. Tiene una sonrisa al borde de los labios en todo momento. Frente a mí, Luciano Barrera tiene ojos profundos y una mirada con destino. Yo, sólo soy casi un extraño.

Sí, yo sólo soy casi un extraño. Sin embargo lo he dejado todo para venir a esta aventura. Nadie es enteramente dueño de su destino, siempre hay algo absurdo interponiéndose en cada acto. Pero he debido venir por exigencias de lo íntimo. ¿Qué es esta lucha sórdida, tenaz, que nos envuelve? Ahí están los ojos de Luciano, profundamente encajados en mi actitud dudosa.

—Give me fire, please.

Busqué mi Ronson desganadamente, pero mi compañero ya había cumplido con el otro.

—Thank you —respondió el yankee.

Pero este hombre era el enemigo. ¿Cómo podía conciliar un gesto con él? Me parecía un intercambio dudoso. No comprendo las diferencias mínimas entre los seres, ni los objetos. Y estos dos hombres que se aceptan, un pueblo por medio, la sangre y el dolor de un pueblo entre ellos. Y se aceptan.

Es una alfombra roja, larga, casi interminable. Treinta y seis escalones, uno a uno, lentamente. A la izquierda un gran mural asalta la mirada. Hay indios de enormes bigotes, botas aplastadas, banderas. Viene al recuerdo un poco la pintura de Rivera, pero está inscripto el sello de Bolivia. Una revolución se piensa y es un lugar común para este pueblo. Es como oír de pronto tras los umbrales del Palacio Quemado, la multitud y luego la noche orgiástica, profunda, Villarreal amarillo, la cuerda tensa, dólares en las maletas de los que huyen y el tronar de las metrallicas y los fusilamientos. A la derecha, un despacho pequeño, casi modesto. El secretario es un hombre sagaz y fino. Esperamos su regreso.

—Su excelencia los atenderá. Adelante. —Y nos hace pasar.

El presidente extiende la mano. Hay cordialidad en su actitud. Tiene piel morena, frente ancha, un mirar abierto. Lleva un clavel en el ojal. Nos sentamos en mullidos asientos frente a él.

—¿Cómo están ustedes? —saluda—. Encantado de conocer un amigo de Argentina. Yo he vivido algún tiempo en Buenos Aires. Es una ciudad importante.

—Sí, creo que lo es —respondo por decir algo.

—¿Y usted amigo Barrera, trae los planes que le hemos encargado? ¿Ha tenido éxito en su misión?

—Sí, señor presidente. Acá está mi informe, — y extiende la carpeta.

El presidente pasea sus ojos por la misma. A veces se entretiene en las líneas y luego da vuelta las hojas rápidamente. Piensa, va a decir algo y se detiene. Luego afirma:

—Es interesante. Pero habrá que introducir modificaciones. Ha llegado un funcionario norteamericano, hombre muy capaz, con quien lo pondré en contacto inmediatamente. El hombre está aquí. En lo sucesivo trabajará con él.

Cuando se abrió la puerta apareció el yankee. El mismo hombre del tren, con esa sonrisa permanente.

A veces todo es oscuro, impenetrable. Pero, de pronto, es una luz la que nos encadila. Así arden los ojos y no se sabe el cómo ni el cuándo. Esto sucede en las regiones altas, a los hombres como yo, que viven en la costa. Fue una oscuridad distinta aquella, porque llegó a dominar los sentidos en forma repentina. Cuando las figuras volvían a mí, era como despertar, como nacer. Pero Luciano reía, con una carcajada siniestra en mis oídos. Así es el "alto": sorocho, mareo.

También la oscuridad de los días daña, al mirar los rostros humanos. Esas bestezuelas abandonadas, sin nada en sus vidas, se metían en la mía con firmeza. ¿Podría mi compañero reír de mi perplejidad en este caso? Pero esto es el dolor y es el hambre.

Ahora estoy casi seguro de que Luciano está en algo decisivo. Y yo con él.

Point four. Department State of American Embassy, rezaba la chapa. Entramos.

Mr. Sanders nos recibió como de costumbre, en su despacho grande lleno de ventanas, el retrato de Washington tras el escritorio pulcro y a la vista de esa secretaria, con todo el aspecto de ganadora de encuestas o de seleccionada mediante algún ingenioso test sicométrico.

Quince días llevaban discutiendo los planes. Pero el yankee no lograba convencer a Barrera de sus errores, y en consecuencia, el informe no podría terminarse a tiempo de ser sancionado por la Cámara de Diputados.

De la presidencia urgían la confección del mismo. Mi amigo empezaba a ser un hombre difícil. No estaba dispuesto a permitir la entrega de su país. Preparaba una denuncia.

El último día de reunión, Mr. Sanders entregó un cheque en blanco a Luciano. Se daban por finalizadas las conversaciones.

¿Quién eres tú, Luciano? Vienes de abajo. Puedes ganar o perder. Pero he aquí una letra que poner y cambias tu vida. Tú has sido siempre un miserable. Podrás tenerlo todo. Paz, comodidad, una mujer, en un lugar del mundo civilizado. ¡Tienes que decidir! ¡Es tu oportunidad! ¡Elije ahora!

En las calles, las cholas pasan con las guaguas a las espaldas. Venden baratijas, tiradas en las veredas. Los cholos te miran como a uno de los suyos, sin verte. No esperan nada de ti. ¿O pueden esperar algo? ¿Quién eres acaso? Sólo una partícula del engranaje que montaron otros, antes, mucho antes de ahora. Si el presidente no puede, los ministros no pueden, ¿qué podrías tú? ¿O sí?...

Tenía los ojos tensos, fríos, inmutables. Era mi amigo. Un día le dio fuego con un fósforo para el cigarrillo. Pero el extranjero era inocente, tenía un mirar de oca estupefacta. El presidente es un hombre amable y no te presionó en nada. Pero los ojos de Luciano están inmóviles. Sólo una bala está ahora dentro suyo, como un cuerpo ignorado. Alguien debió tirar por la ventana.

Yo, sólo soy casi un extraño. Venía a un sueño, a una aventura. Debo regresar a mi país, me espera mi familia. Estoy absurdamente oscuro y en el tren de regreso acaricio el mapa de América, sin decir palabras.

HORACIO GONZÁLEZ TREJO

Tenía los ojos abiertos, increíblemente abiertos.

Sé que hubiera podido atravesarlos sin que la menor vibración me delatara.

Y los labios frescos para el amor, como si el aliento se hubiese quedado inquieto, esperando.

Yo me voy a recibir el año próximo y *surgirá* una mujer que limpiará una chapa dorada con mi nombre *frente a una casa*.

—Puede irse.

Ella seguía con los ojos abiertos y yo podía irme.

Tenía la piel rosada y un vestido blanco. Sabía que no podía besarle los pies ni atravesar con mi mano su vestido.

El año próximo seré médico, me felicitarán y hablaré sobre la salud con mis hermanos.

Pero ella seguía ahí, con los ojos ofrecidos. Sería horrible que yo le tocara los muslos y encontrara la carne caliente.

—¿No se va, muchacho?

El año que viene *surgirá* una muchacha que se casará con un médico, aún no conozco a aquella como no conozco a ésta, la que yace frente a una hora en la cual yo ya puedo irme.

¿Entonces... es esto la muerte? ¿Algo que puedo atravesar sin que la menor vibración me delatara?

El año próximo me pondré un delantal y esperaré a los hombres, de vez en cuando volveré a mirar el diploma y pensaré en la ciencia.

Porque ella era muy joven y el dolor es único.

El dolor... qué derecho me queda frente a los que mueren en el lecho de sus mujeres... yo sufriré, ellos mirarán por las noches un punto lejano y esperarán la puntada que no duerme.

—Hay que templarse, amigo.

—Sí, doctor, sí, tengo que irme.

A la muchacha se la llevaron a la morgue. Eso es la muerte y era joven. Tenía los labios para el amor, lo sé.

¿Pero el dolor? ¿Sabré del dolor?

No sé qué me pregunto. Voy a ser médico dentro de un año, es

seguro, debería saber qué me estoy preguntando. Cuál es el inconveniente.

No quiero ir al café.

Vamos a encontrarnos y vamos a reír, ni las chicas ni los muchachos notarán que hoy no estoy, no tengo cita con nadie. Debería no ir al café.

Pero voy; siempre lo hago cuando salgo del hospital, hoy murió (MURIÓ) una jovencita, qué tiene eso de extraordinario.

Voy.

El humo me abofetea al entrar. Pienso que dentro de un año no los veré más, que eso es triste y entro.

¿Pero el dolor?

Y ese vestido blanco de ojos tan ofrecidos... ¿es la muerte?

¿Qué me estoy preguntando? ¿Acaso no depende de la ciencia? ¿Y todos los calmantes?

¿Pero el dolor?

Hay muchos en mi mesa, creo que pido una ginebra... algunos sonríen... hay carcajadas. Es bueno eso.

Pido otra ginebra y respondo a la muchacha de sweater ajustado que me recibo el año que viene.

Ella prende un cigarrillo y comenta una peritonitis.

Yo no entiendo nada, vuelvo a repetir que mis padres se sacrificaron para que yo estudiase y pregunto: ¿Qué hay peor que náuseas durante toda la noche?

Ella sonríe y me aconseja vitamina B.

Pienso que debo llorar, llorar lo antes posible, pronto seré médico y no me estará permitido.

MARIO ATER

El día que papá cayó enfermo, una estrella se apagó en el cielo. Su cuartito de trabajo quedó a oscuras, y la puerta entornada parecía una boca desdentada, vieja. El silencio, envuelto los pies en trapos, se escurría por las piezas como un duende: sólo respetaba los quejidos de papá, cuyo cuerpo yacía exagüe en su cama de altos respaldos labrados.

Ya no se oía cantar a ninguna de mis hermanitas, y mamá, siempre tan animosa, permanecía cabizbaja: algo nuevo se había alojado en su corazón, destruyéndolo. A veces la sorprendía sentadita en un rincón, los ojos empañados, atónita, retorciendo su pañuelo de algodón.

A pesar de que yo no hacía el menor ruido, a cada rato me advertían:
—Cuidado con meter barullo.

A la siesta me sentaba en el umbral de la puerta de calle, solo, observando el movimiento de la gente. Me parecía extraño que nadie adivinase que detrás mío la vida ardiente de papá se apagaba.

El barrio, poblado de pequeños negocios, aserraderos y corralones, se extendía como una gran playa hacia la estación Central Córdoba, donde la actividad crecía entre murmullos, silbatos y campanas. De vez en cuando el dragón de la fantasía llenaba el aire de fiesta: en la calzada, poco transitada, unos saltimbanquis desenrollaban una alfombra escarlata, de donde brotaba una pirámide humana. Sobre su cúspide, un niño agitaba una banderita azul y blanca. Los chicos, mudos de admiración, aplaudían hasta lastimarse las manos.

A medida que escribo me parece estar viendo al "Viejo Ciego" arrastrado de la mano por una muchacha escuálida. Era una pareja doliente. Nadie sabía nada de ellos. La leyenda se había apoderado de sus vidas y dado cierta estatura extraña. El viejo tocaba la guitarra, y se acompañaba con una armónica que ataba a la parte superior de un atril de madera en forma de T, que aseguraba a su cintura. Las puertas retemblaban bajo su garrote de hierro. Entonces sucedía algo raro: la calle quedaba desierta, y el "Monstruo Ciego" —como solía llamarlo mamá—, semejava una figura fantástica luchando contra el destino.

Las gitanas, con sus crios a cuestras, el guiño multicolor de sus vestidos, y su andar lascivo, contribuían, como el cine "Doré", a mantener en pie la imaginación apocalíptica de aquella barriada obrera.

Me acuerdo que las noches caían de golpe, como zarpas. Eran noches tenebrosas, aunque estrelladas y quietas. Se diría que las cosas perdían de pronto su movilidad. Yo tenía la sensación de que la gente no se moría sino de noche, y que durante el día, todo podía acontecer, menos eso. A veces las sombras tomaban formas de gigantes alados: las veía elevarse y confundirse, allá arriba, con las nubes, que corrían en tropel.

Ese año de 1923, la tormenta de Santa Rosa se desató con furia en Rosario. Destruyó sembrados, plantas, y las carpitas que brotaban como hongos atrás de la estación, cerca de los baldíos, donde los linyeras se amontonaban a lo largo de una vía muerta. La piedra caída era tanta que las calles parecían de nieve. El barrio quedó en tinieblas. Los postes telegráficos, azotados por el viento, yacían en el suelo, abatidos, y los faroles de las esquinas rodaban por la calzada haciendo un ruido infernal. Los vecinos comenzaron a creer que la vida llegaba a su término.

—Se acerca el fin del mundo — rugían.

Algunos afirmaban que un cometa con cola de fuego iniciaría la destrucción. Los más eruditos profetizaban el renacimiento de la astrología. Salomón Goldman, el sastre, se suicidó; pero antes cantó, bailó y bebió de lo lindo. Era un judío flaco, pelado, que había vivido pegado a su máquina de coser. Poco antes de morir exclamó:

—Yo he visto en el cielo la espada vengadora — y se desplomó.

Mientras afuera tronaba la violencia, papá cerró sus ojos para siempre. Mi madre decía:

—La desgracia, como un gran viento, sopla sobre nuestro barrio. — y lloraba cubriéndose la cara con las manos.

Papá, querido hombre pequeñito, tengo los ojos llenos del cielo de tu recuerdo. Partiste demasiado pronto, cuando yo tenía la estatura de la rueda de tu minerva y el mundo vivo que forjabas para mí estaba inacabado.

Cuando escampó, los muchachos, chillando como indios, saltaban sobre los árboles derribados, mientras los vecinos, armados con palas y cacerolas, sacaban las piedras que se levantaban cual montañas delante de sus puertas. En la iglesia no cabía un alma, y en la plaza muchos confesaban públicamente sus pecados rodeados por miembros del Ejército de Salvación.

Todavía recuerdo el cuerpo rígido del viejo en aquella caja fúnebre, demasiado estrecha para él. Yo permanecía perplejo a su lado. En eso

algo creció en mí. No sabría explicar qué; pero era una cosa que nada tenía que ver con mis juegos, aunque contribuía a colorear vivamente mi imaginación.

Cuando un chico acaba de perder a su padre, no asoma la nariz a la calle por un tiempo. Permanece en su casa sin brincar, calladito, y al otro día no concurre a la escuela. No hacerlo es una falta de respeto.

Yo, en cambio, hice todo lo contrario. Me escapé al colegio. Durante el camino pateé cuanto encontré por delante, excepto el buzón de la esquina, y repartí las hojas de mi libro entre los que pasaban, como si se tratara de programas de cine.

—El chico de doña Mercedes está loco — bostezó una mujerona señalándome. Yo me dí vuelta:

—¡Viejaloca! — le grité, y arrojé una piedra contra la persiana de la tiendita del turco.

En el aula lo empujé adrede a Matasiete, y él ni siquiera se dio por aludido. La señorita Puig se acercó:

—Podés irte — dijo, y me acarició la cabeza dulcemente.

La calle corría entre paredones amarillentos.

“Yo soy un niño perdido y busco mi casa a tientas, en la oscuridad” — me decía.

Ese pensamiento me asustó y comencé a dar saltos, como los conejos, para ahuyentar el miedo. La misma mujer repitió:

—Ese chico está loco — y le cuchicheó algo a otra.

En la cortada algunos muchachos estaban pateando. Al verme se quedaron tiesos. La pelota dio unos pequeños saltitos y se detuvo junto a la cloaca, debajo de un carro.

—Chau — les dije, jadeante. Ninguno contestó; pero me saludaron levantando una mano.

Un pie de plomo me oprimía el pecho. Entonces sucedió una cosa extraordinaria. El Flaco, con la gorra puesta al revés, fue en busca de la pelota. Al pasar al lado mío, me dijo con voz blanda:

—Pateá. — Y me la tiró despacito, casi delicadamente.

Yo la ataje. Sin embargo no sentía deseos de jugar. Me acerqué al Flaco y se la devolví. De repente, como si alguno me hubiese dado un puñetazo, me puse a llorar. Igual que una chica.

LUBRANO ZAS

Si entre mi cráneo y cráneo
descubriera el dolor
como una semilla
y nada en torno
yo sería feliz
por los brazos de la semilla
sería dichoso por sus labios
sería universal
por la danza de su crecimiento.

PROFESIÓN DE FE

Para mí esto es la sangre
el partido y no la discusión
la mano y el metal
son para mí la sangre
allí donde yo vaya irá este río.
Este otoño de vidas.
Estas cuatro paredes
nunca me entregaron su canto
pero debo decirles tantas cosas:
que al frío no lo dejen pasar,
que no te dejen llegar
para ver cómo muero
porque debo cantar
¿y por qué no en mi cuarto?
Vengan todos los bailarines de esta noche
corran desnudos los amantes
lleguen todos los deseos
y las cazadoras
que este ciudadano-poeta
de la crisis mundial de vuestro zapateo
no tuvo tiempo ni lugar ni forma
de seguir a su amada
con la boca llena de viento
no tuvo tiempo para morir de amor
no tuvo lugar para morir danzando
no tuvo traje de buzo
ni ascensor desatado.

ALBERTO ALBA

A ESTE HOMBRE

A este hombre
se le rompió el reloj
se le perdió un zapato
se le ocurrió que iba a morir.

A este hombre
que no llegaba tarde,
que caminaba firmemente,
le ocurrieron desgracias.

A este hombre
duro,
solo.

LOS QUE SUBIERON ALTO

Los que subieron alto jamás verán tu cara.
Se quedarán arriba, solos, creyendo que no existes.

BUENAS RELACIONES

Los prisioneros se detestan
pero, dado la situación,
se tratan con educación.

Los prisioneros se detestan
pero no obstante, por dignidad,
jamás conversan con el guardián.

Los prisioneros se detestan
pero de noche mantienen diálogos
fingiendo que hablan solos.

RAÚL GUSTAVO AGUIRRE

LEJANA BUENOS AIRES

todos
esperan algo
de la ciudad

todos
esperamos
un viento
un roce
una palabra

una cama de amor
un pan brillante

ah
la ciudad
que nunca
alcanzaremos

la ciudad
que nos suelta
y nos deja
solos
entre todos
temblando
esperando algo

RODOLFO ALONSO

Conciencia de la traición

Las grandes palabras han formado un ruido denso
 en el que se perdieron casi todos.
 Pero nadie se pierde sin quererlo
 los suicidas están un poco enamorados del suicidio.
 Porque pueden llevarnos engañados
 hasta un recodo
 hasta la media tarde
 o hasta el escozor de la tristeza.
 Luego
 ya somos concientes
 no podemos retroceder.
 Hay un recodo
 de ahí en adelante si seguimos
 vamos barriendo el camino con nuestros propios pasos.
 Ya estamos aislados.
 La traición es una estrecha franja de humo
 donde no se puede hacer pie.

El robo

Hasta los ladrones están cansados.
 Después del robo
 la tristeza camina a nuestro lado
 como un puñal de cristal
 marcándonos los momentos.
 A veces llega a tocarnos
 suele ser cuando el cansancio nos alcanza,
 y hay refugios esperándonos.
 Pero la tristeza ha abandonado definitivamente a los ladrones
 y camina a nuestro lado.
 Por eso
 nada más que por eso la indiferencia no es posible.
 Por eso
 nada más que por eso
 con los labios agrietados seguimos diciendo.

Los arquetipos

¿Han partido de una renuncia
 sin preguntarse quién?
 ¿Han partido de un cansancio
 sin preguntarse por qué?
 En ese momento los vencieron
 En ese momento fueron creciendo como ejemplo
 y ahora se resisten a ser dejados de lado
 ahora ha empezado el miedo
 — la certeza de un final de posibles cenizas,
 el delirio poblado de mil cosas
 la lucidez punzante de ver avanzar la propia muerte.
 El miedo
 esa calle de puertas cerradas atravesando el tiempo.
 La muerte, los huecos, la desesperación de ellos.
 En nosotros no hay tiempo para esas cosas.

JUANA BIGNOZZI

VERIFICACIÓN DE LA ESPERANZA

Puesto que más allá de los azules combates,
 más allá del aroma desdeñable de las palabras
 más fáciles, de
 las banderas del miedo agitadas por el viento del peligro,
 de los simulacros vestilos de estrategia que nos dejaron
 la fe como un sol apagado, guardamos
 la recóndita pureza de toda nuestra sed, hay,
 pese a todo, ciertas palabras indefensas
 oliendo a sol en medio de la tristeza, una simple
 permanencia, una voz de pájaros y lluvias
 cuando esperamos en la barbarie de la soledad,
 en el desamparo de la confianza.

JORGE CONTI
 (Rosario - S. Fe)

CLOV: — Lloro...
 HAMM: — Luego, vive.
 (Diálogo de "Fin de Partida", Becket.)

Tengo quince años y lloro por las noches.

Yo sé que eso no es en manera alguna peculiar
 y que antes bien hay otras cosas en el mundo
 más apropiadas para transmitirlos cantando.

Sin embargo hoy he bebido vino por primera vez
 y me he quedado desnudo en mis habitaciones para sorber la tarde
 hecha minúsculos pedazos
 de reloj.

Pensar a solas duele. No hay nadie a quien golpear.
 No hay nadie a quien dejar piadosamente perdonado.
 Está uno y su cara. Uno y su cara
 de santón farsante.
 Surge la cicatriz que nadie ha visto nunca,
 el gesto que escondemos todo el día,
 el perfil insepulto que nos hará llorar y hundirnos
 el día que lo sepan todas las buenas gentes
 y nos retiren el amor y el saludo hasta los pájaros.

Tengo quince años de cansarme
 y lloro por las noches para fingir que vivo.
 En ocasiones, cansado de las lágrimas,
 hasta sueño que vivo.

Puede ser que vosotros no entendáis lo que son estas cosas.

Os habla más que yo, mi primer vino
 mientras la piel que sufro bebe sombra...

ROQUE DALTON
 (El Salvador)

Cada fábula tiene su pajar
 recortado en los horizontes heridos
 en la noche azarosa de la casa de invierno.
 La puerta ha cantado desde hace años
 su aldabón ha gozado la dicha del oculto aire
 en los aleros donde se dibuja la lluvia
 a favor del silencio del mar.
 Pero abril es náufrago de las hojas,
 abre sus párpados en el juego de los pájaros
 e irrumpe en los astros de enfrente
 con los gemidos abandonados en el puerto desnudo.
 La playa se ha desmayado frente al vértigo de las mareas
 abriendo su palidez en las oscuras fugas del viento.

Era la hora de encrespadas historias
 y el sud abrió la puerta donde el espanto jugaba
 en la intemperie de la sangre,
 y una efímera lágrima cayó dentro del rostro del hogar
 donde se alzaba el vuelo redondo
 en los palpitantes leños.

Era la hora y la noche de los enlodados caminos detenidos,
 la soledad lamía las ojeras del ventanal,
 y yo tentaba la fresca sed en la encrucijada
 doliente de los muros;
 allí, en la solemne hora todo era posible,
 y he aquí
 que entraste profunda en la casa de invierno.

PABLO DOTA
 (Córdoba)

Era sólo la noche,
la gran noche extendida bajo los pies del aire,
sobre el duro follaje.
Las tinieblas corrían lo mismo que las aguas,
la luz era negada, borrada de la estrella,

Y entonces —mar y origen— su delgada substancia
fue llegando a las grutas; descendiendo a la forma
popular del martirio; penetrando el silencio
amarillo del bosque, de la ciudad,
del viento.

Nadie sabía reír sino con una
socavada sonrisa; nadie sabía mirar sino con una
temerosa mirada.

Todo fluía envuelto en un espeso velo
de temor y misterio. Giraba sin descanso
en torno de sus ejes.

Allí estaban danzando las llamas en sus nidos,
allí estaban chocando con huesos los metales,
las grúas rechinantes
y los vientres en orden para ser devorados.

Era sólo la noche,
la gran noche extendida bajo los pies del aire.
Y, joven puro, Orfeo, con su moderna caña
buscaba los fulgores del amor en las playas,
buscaba inútilmente las palomas radiantes
nacidas de la espuma.

Pero a su paso sólo encontró la tiniebla:
tiniebla de los muelles, tiniebla de los barcos,
tiniebla de la piedra, tiniebla de los bosques,
tiniebla de los puentes, tiniebla de las aguas.

Y escuchó los rumores de las grandes mareas
del oro que reía como un rey en su máscara.
Oyó silvar el látigo en medio de los túneles,
oyó gritar la infancia a las puertas del miedo,
sintió el vaho tremendo que lentas despedían
las oscuras heridas.

Vio prohibir los olivos, las estrellas magnéticas,
ensuciar el rocío y decretar las lágrimas,
vio levantar un trono a todos los fusiles,
vio la farsa de Dios y, entonces, simplemente
gimió bajo su capa
y escribió en cartera la palabra "mañana".
Era sólo la noche,
la gran noche extendida bajo los pies del aire.

POMPEYO DEL VALLE
(Honduras)

LA COPA DESNUDA

Sobre el musgo la copa yace blanca,
desnuda entre las uvas y las migas,
y más allá las turbias aguas hablan.

Tú callas. Por el cielo va la tarde,
por las ramas el aire y por las nubes
el corazón como un navío errante.

Mojan el pasto sólo las campanas,
hay un pájaro inmóvil en su trono:
plumas de sueño rasgan los alambres.

Hundo los ojos en la piedra alumbre
y la copa desnuda ya no es blanca
corola sino lámpara de angustia.

¡Ya nunca más el viento en tu garganta!
Horas de mimbre azul y volantines,
copos de luz y sal nievan el alma.

FERNANDO GONZÁLEZ-URIZAR
(Santiago - Chile)

No es rocío
 pero el primer aliento del mundo lo domina
 cuerpo frugal que el ala desarrolla
 y vaga sobre los límites amargos de la tierra
 como el afán, herido.
 Este es un cuerpo en el espacio mitad pluma
 y nosotros.

Aire, entonces, su libertad es ese mismo canto
 que lo aleja
 sombra bajo la que jamás puede hallarse un
 cadáver
 y que resiste tenazmente la embestida de una
 ciudad enferma de vacío.

Pero serán los vagabundos que viven en su hueco
 quienes lo persigan dulcemente hasta ansiarlo
 compañero absoluto
 fiel mirada que una vez más ha de quemar las
 ropas y los sexos
 y manos nuevas, corazones salientes nacerán de
 la estela que deja cuando se retira desconocido
 y húmedo
 allá, donde la creación es algo solitario.

FEDERICO GORBEA

me dice que soy puro es más joven que yo
 nunca me escucha sólo se escucha ella hablándome de mí
 camina bajo la lluvia enfrenta al sol
 pone su piel tibia contra mí como el que arranca con
 hambre una manzana
 yo me canso me fatigo
 vengo de un día que se cae de otros días
 vengo de muertes de apuestas clandestinas
 de caminar con un zapato solo sobre la tabla arliente de los
 hombres
 ella es mi diente para el hambre
 mi almohada para los monstruos vacíos que me rompen las sienes
 tengo un infierno pudriéndome los brazos
 por favor dios mío dame una mano para salir del pozo

ROBERTO HURTADO DE MENDOZA

LA VENTANA ABIERTA

estamos con el vaso cerca
 del corazón amargo para celebrar
 la canción indolente y esta resignación
 de ancla mohosa
 tu brazo ancho como la palabra pan
 descansa el día

ni el adiós amigo ni un papel blanco
sólo el tintineo largo
fino
de tu voz y la mía en la calma
y asignamos
sin crepúsculos que lamentar ya
a los demás
la rabia de no entrar en la noche
—como puros solitarios—
de permanecer calzados sobre la
brasa antigua que hace el camino
de retorno
tras las rejas del árbol y la ventana

LUIS MARÍA MARTINES

P O E M A

Tras de ti
la parábola gris transportaba el polen
las volutas tibias
en marejada hasta tu luz
el que vejaba las palomas gruesas
alzó el puño de asombro
y decapitó una estrella
oye:
mi mano sorbiendo acaso
el duende oscilante
el destino de los gestos
el pescador
ha vuelto a entretenerse
matando peces
y la ansiedad del viajero por partir
hundió en las fauces
de los que nunca partían
la novedad mutable del camino.

JOSÉ CARLOS PERONI

EL PÁJARO Y LA JAULA

El pájaro es la jaula.
El aire sólo
para acercar el trino.

Pájaro.
Círculo.
Jaula.
Tres palabras del mundo.

El aire sólo
para acercar el trino.

El poeta tiene ideas
y se parece a una estrella.

El pájaro es la jaula.
La jaula,
el círculo perfecto
para piar al mundo.
La jaula es pesada,

como el sol en la mañana.
Se bambolea
como la luz de una vela.

El pájaro espera su abrigado cajoncito,
su alpiste redondito.
El pájaro es la jaula.
La jaula,
el círculo perfecto
para piar al mundo.

El pájaro
siempre canta.

Indudablemente,
el mundo canta
contento en la jaula.
El aire sólo
para acercar el trino.

RAMÓN PLAZA

Giraba su memoria
tornillo al corazón
pieza del juego flojo del alma.

No quiero más.

Ya baja la ventana al horizonte
con el sol de ayer
y suben los cristales del sueño
tornillo al corazón llena la cueva del olvido
sube la ventana contra el curso de la luz hacia la noche.

Dejen pasar las flores
bajen la voz y calmen la puerta
suban la sangre
ola entera de mar hipnotizando pájaros
mirada de un amor que aprende a ver las cosas.

A ti
si te besan las manos
la boca cuando piensas
los besos cuando callas
los pies por el camino si te besan la sombra
si la tierra que esperas se encontrara besada
entonces sentirás atornillarse la memoria
manar serenamente lo humilde de tu vida
que se asemeja a todas las maneras del mundo
del que tú sólo a veces te encandilas el alma.

Llama suave que pasa junto al imán del sueño
memoria en las ventanas cerradas de vigilia
que bajan
bajo ráfagas de amor sobre ti mismo
de mirar cara a cara el sol ajeno
se sentirá subir desde tu pecho
un ave hambrienta y simple
como el caer de un fruto.

HORACIO PILAR

1.

el pájaro danza
sobre el río
ha dado la vuelta al mundo
sobre un ala de canto
adonde va
mueren las estaciones
detrás del horizonte
adonde va
las primeras estrellas
me caen entre las manos
adonde va
empiezo a recordar tus ojos
inmóviles sobre el río
el pájaro que se aleja
sobre un ala de canto
cae de bruces
en tu isla desnuda

2.

para que tu vengas
el humo se distrae
la ciudad
se apoya en los andenes
puerto de mar
puerto de tierra
la ciudad se distrae
el humo se sostiene rodeando las miradas
todo envejece
todo nace de pronto
cuando el otoño se abre
la impaciencia de que algo suceda
sacude
cualquier lejano rumor
para que tú vengas
de pronto

GIANNI SICCARDI

ALGO

con tu muerte
algo vendrá
algo
que jamás sacudió
tu conciencia

no importará
la tierra que te rodea
el árbol que te soporta
el agua lenta
no será algo

que ahora retumba en tu memoria
ni las resonancias
que quisiste olvidar

vendrá algo sin vínculos
una lluvia sin pasado
sin gestos censurables
o bondadosos

no estará en juego
tu salvación
tampoco el olvido
ni el arrepentimiento

el "ángel tuerto" no vendrá
no vendrán a consolarte

no será necesario
y olvidarás también
el consuelo

porque tu corazón
no habrá consuelo el día en que caigas

no habrá estaciones
ni pájaros

ni trenes
ni alcohol
ni sangre penosa que aguantar

no por eso habrá descanso
el día en que llegue algo que no suponías
algo que vendrá a reclamar
el lugar en el mundo
que supiste negarle

una indescriptible culpa
haciendo estallar las huellas
que minuciosamente lograbas distribuir
ningún rastro

con tu muerte
vendrá una nueva
y desconocida vergüenza

FRANCISCO URONDO

PUENTE DEL SUR

Ayer he recordado un día de claro invierno. He recordado un puente sobre un río, y un río robándole azul al sueño del cielo. Mi amor era menos que nada en ese puente. Una naranja hundiéndose en las aguas, una voz que no sabe a quién llama, una gaviota cuyo brillo se deshizo entre pinos oscuros. Ayer he recordado que se es nadie sobre un puente cuando el invierno sueña con la claridad de otra estación, y se quiere ser una hoja inmóvil en el sueño del invierno, y el amor es menos que una naranja hundiéndose en las aguas, menos que una gaviota cuya luz se extingue entre los pinos.

JORGE TEILLIER
(Santiago - Chile)

P O E M A

Voy a tocar el mundo por última vez,
exactamente como lo hacía ayer,
como todas las tardes en que el silencio
entraba en tu corazón convertido en granizo

y los ríos descendían de tu boca.
Voy a tocarlo, enteramente todo,
alucinado por el frío de esta cueva de carne,
roto el estremecimiento del párpado sobre el ojo
ha caído la pluma al verso sin palabras.

Voy a tocar el mundo por última vez,
exterminio total de la sangre y el odio
irán los condenados al lugar sin sombra,
al duro sol esclavo que nos prepara la muerte.

ALEJANDRO VIGNATI

DESDE EL FRENTE

Nadie apaga esta muerte,

ni el árbol que sacude su cabeza de viento
contra la casa negra;

ni el camino que sale como el pan defendido.

Nadie apaga esta muerte.

Pero esta carta escribo levantando los días;
y esto que escribo es de la tierra, un sitio,
una piedra volcada en el sol, todavía.

Nadie apaga esta muerte.

En esta carta hay sólo un día abierto,
una mañana alzada con los dientes.

¡Luchamos!

...y los hombres comprenden que la vida no basta,
pero algo se defiende desde entonces.

MIGUEL ÁNGEL VIOLA

P O E M A

Con el tiempo derramado
sobre el miedo sutil
de sabernos
cenizas de una lágrima
una cuerda tensa y fina
en el oído del mundo
pienso
sobre la oscura ternura
sobre la dolorosa melodía de tu frente
oscuramente juntos
nos pienso
vapor de una lágrima lejana
entrelazados
desde esta entraña ardiente
esta flor
creciendo
desde la planta de nuestros pies
desde los pasos de todos
hacia arriba
hacia
las manos deseosas
creciendo extrañamente
esta viva flor entre cenizas
pulsando tu frente pienso
que somos
que las flores
mueren —mi querido— mueren
bajo el tiempo derramado
sin amor

PAULA WAJSMAN

...Estos fragmentos forman parte de la correspondencia que César Vallejo enviara desde París, entre 1924 y 1934, a Pablo Abril de Vivero, por aquel entonces Secretario de la Legación del Perú ante la República Española. La mayoría de esas cartas fueron destruidas por un bombardeo franquista durante la guerra civil, salvándose sólo un centenar, cuya edición encara actualmente la Universidad venezolana de Carabobo, al cuidado del escritor español José Manuel Castañón.

Vallejo y Abril fueron presentados en Lima, durante la primera guerra mundial, por Abraham Valdelomar, y volvieron a encontrarse en París durante el verano de 1923. Allí nació una cotidiana amistad que, al partir el año siguiente Abril para Madrid, dió origen a esta correspondencia.

Al parecer, según opina Castañón, Pablo Abril formó parte de ese núcleo de amigos que acompañó los duros momentos de la vida europea de Vallejo. Así, habría sido él quien le consiguió una colocación en Les Grands Journaux, por intermedio de Maurice de Wallef, su director. El es, también, quien acompañó al médico peruano Weyland hasta el dolorido lecho del poeta y recibió del facultativo esta información: "Lo que tiene su amigo es hambre. Dénle de comer poco a poco, porque si no, se muere..."

Mucho se ha escrito y se seguirá escribiendo —con buenas o malas intenciones, con mayor o menor acierto— sobre la biografía de César Vallejo. Y, desgraciadamente, tanto ciertas admiraciones como ciertos rechazos, suelen basarse todavía en algunos de esos datos. Por ello, creo que algo debe decirse al publicar estas cartas. Que no vayan a entenderse estas líneas como alimento de una curiosidad o adorno de algún escriba literario. Ellas son, indudablemente, un valioso testimonio y quizás también una prueba irrecusable contra algunas leyendas que aún suelen tejerse sobre César Vallejo. Y es en ese único sentido que puede entenderse el hecho de darlas a publicidad.

Porque sigue habiendo una sola manera de llegar a la verdadera dimensión de este hombre que vivió dando pedacitos de pan fresco a todos y que no se guardó nada para él; sus poemas, la temblorosa evidencia de esas palabras con las cuales nuestra América entra de lleno en la poesía del mundo.

RODOLFO ALONSO

"...Tengo que ver de agenciarme la vida. Yo no tengo, en verdad, oficio, profesión ni nada. Sin embargo, tengo afán de trabajar y de vivir mi vida con dignidad, Pablo! Yo no soy bohemio: a mí me duele mucho la miseria, y ella no es una fiesta para mí, como lo es para otros. Usted ha vivido mi situación en París. ¿Es que no quiero trabajar A las usinas he ido muchas veces. ¿Será que he nacido desarmado del todo para luchar con el mundo? Puede ser. Pero este sobresalto diario viene a dar directamente en mi voluntad, y la apercolla y parece haberla tomado de presa preferida. En medio de mis horas más terribles, es mi voluntad la que vibra, y su movimiento va desde el punto mortal en que uno se reduce a sólo dejar que venga la muerte, hasta el punto en que se intenta conquistar el universo, a sangre y fuego! Y, sin embargo, es una voluntad estéril, baldada, la mía...! (París, 26 de mayo de 1924)

“...Son unos terribles. No me han enviado sino una parte de lo que deben, concretándose a prometerme que me girarán lo demás próximamente. Con esos dinerillos estoy viviendo, y quiero aprovechar de la relativa tranquilidad que ellos me proporcionan, para buscar de trabajar para cuando ellos se acaben, que creo será muy pronto, *irremediablemente*. (No sé por qué veo en mi mente una de las más espirituales actitudes de usted, a través del recuerdo, en este instante de comentar la manera irremediable con que se acaban los dineros de esta vida. De estar juntos al margen de este comentario, usted daría a mis lamentaciones tan ágil y noble y suave tinte juvenil, que toda mi amargura y todo el aire ingrato del momento, habríase resuelto en solaz lírico y riente...” (París, 26 de mayo de 1924)

“...Mi querido Pablo: parece que la vida sigue empecinada en herirme. Esta carta la escribo desde el hospital de la Charité, Sala Boyer, cama 22, donde acabo de ser operado de una hemorragia intestinal. He sufrido, mi querido amigo, veinte días horribles de dolores físicos y abatimientos espirituales increíbles. Hay, Pablo, en la vida horas de una negrura negra y cerrada a todo consuelo. Hay horas más, acaso, mucho más siniestras y tremendas que la propia tumba. Yo no las he conocido antes. Este hospital me las ha presentado, y no las olvidaré. Ahora, en la convalecencia, lloro a menudo por no importa qué causa cualquiera. Una facilidad infantil para las lágrimas, me tiene saturado de una inmensa piedad para todas las cosas. A menudo me acuerdo de mi casa, de mis padres y cariños perdidos. Algún día podré morirme, en el transcurso de la azarosa vida que me ha tocado llevar, y entonces, como ahora, me veré solo, huérfano de todo aliento familiar y hasta de todo amor. Pero mi suerte está hechada. Estaba escrito. Soy fatalista. Creo que todo está escrito. Dentro de seis u ocho días más, creo que saldré del hospital, según dice el médico. En la calle me aguarda la vida, lista, sin duda, a golpearme a su antojo. Adelante. Son cosas que deben seguir su curso natural, y no se puede detenerlas...” (París, 19 de octubre de 1924)

ÍNDICE

<i>Editorial</i>	1
PROSA	
<i>Cuento</i> , Horacio González Trejo	3
<i>Medicina</i> , Mario Ater	6
<i>Papá</i> , Lubrano Zas	8
POESÍA	
<i>Análisis, profesión de fe</i> , Alberto Alba	11
<i>A este hombre y otros poemas</i> , Raúl Gustavo Aguirre	12
<i>Lejana Buenos Aires</i> , Rodolfo Alonso	13
<i>En el final el derrumbe</i> , Juana Bigozzi	14
<i>Verificación de la esperanza</i> , Jorge Conti	15
<i>Estudio con algo de tedio</i> , Roque Dalton	16
<i>Poema</i> , Pablo Dota	17
<i>Nuevo Orfeo</i> , Pompeyo Del Valle	18
<i>La copa desnuda</i> , Fernando González Urizar	19
<i>Pájaro</i> , Federico Gorbea	20
<i>Socorros intelectuales</i> , Roberto Hurtado de Mendoza	21
<i>La ventana abierta</i> , Luis María Martínez	21
<i>Poema</i> , José Carlos Peroni	22
<i>El pájaro y la jaula</i> , Ramón Plaza	23
<i>Memoria</i> , Horacio Pilar	24
<i>Poemas</i> , Gianni Siccardi	25
<i>Algo</i> , Francisco Urando	26
<i>Puente del Sur</i> , Jorge Teillier	27
<i>Poema</i> , Alejandro Vignati	28
<i>Desde el frente</i> , Miguel Ángel Viola	28
<i>Poema</i> , Paula Wajzman	29
APROXIMACIONES	
<i>Sobre las cartas de Vallejo a Pablo Abril, R. A.</i>	30
<i>Fragmento a Pablo Abril de Vivero, César Vallejo</i>	31

EDICIONES MANO

Publicados:

POEMAS

Horacio Pilar

CINCO POETAS

Horacio González Trejo - Federico Gorbea

José Peroni - Horacio Pilar - Gianni Siccardi

JAULA DE LOS LEONES (poemas)

Roberto Hurtado de Mendoza

PARA SOSTENER UNA ESPERANZA Y OTROS POEMAS

Federico Gorbea

En Prensa:

POEMAS

Alberto Alba

Próximos:

POESIA COMPLETA

Conde de Lautremont

Isidore Ducasse

REDACCIÓN Y CORRESPONDENCIA:
RODRÍGUEZ PEÑA 557 (Piso 4º Dto. J) Bs. As.
Registro de la propiedad intelectual en trámite

Nuestro reconocimiento a Rafael Alberti, por su ayuda en pro de la aparición de esta revista.

Juego Rabioso se publica trimestralmente. Todos los materiales son solicitados. Pueden ser reproducidos mencionando su origen. La correspondencia es rigurosamente contestada.

El ejemplar: \$ 16.- $\frac{m}{a}$.

Suscripción a cuatro números:

en el país: sesenta pesos.

exterior: dos dólares.

Giros y cheques a nombre de Horacio Pilar.

Separata:

"Bolívar"

Poema de

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

REVISTA LITERARIA

Juego Rabioso